

A surreal, dark, and atmospheric photograph. A man in a red t-shirt is crawling on a massive, open book that appears to be floating in a dark, rainy environment. The book's pages are thick and aged. The man is looking down at the pages. The scene is heavily drenched in rain, with numerous raindrops visible in the air. In the background, there are dark, silhouetted trees and some colorful bokeh lights in the upper right corner. The overall mood is mysterious and evocative.

Febrero 2021

Revista Oopart.

Edición No. 7

Papel Mojado



Revista Oopart, continúa.

Revista Oopart.

Febrero 2021



Ilustración portada: Kevron2001

Contenido

	Pag.
Herman Hesse	4
Cuánto vale el papel mojado	14
Regate radial	21
Nocturnal Animals	26
Kepa	32

Dirección y diseño

Juan David Jiménez

Dirección y edición

Nelson Leandro Martínez

Multimedia

Nicolás Sebastián Moya

Escritores

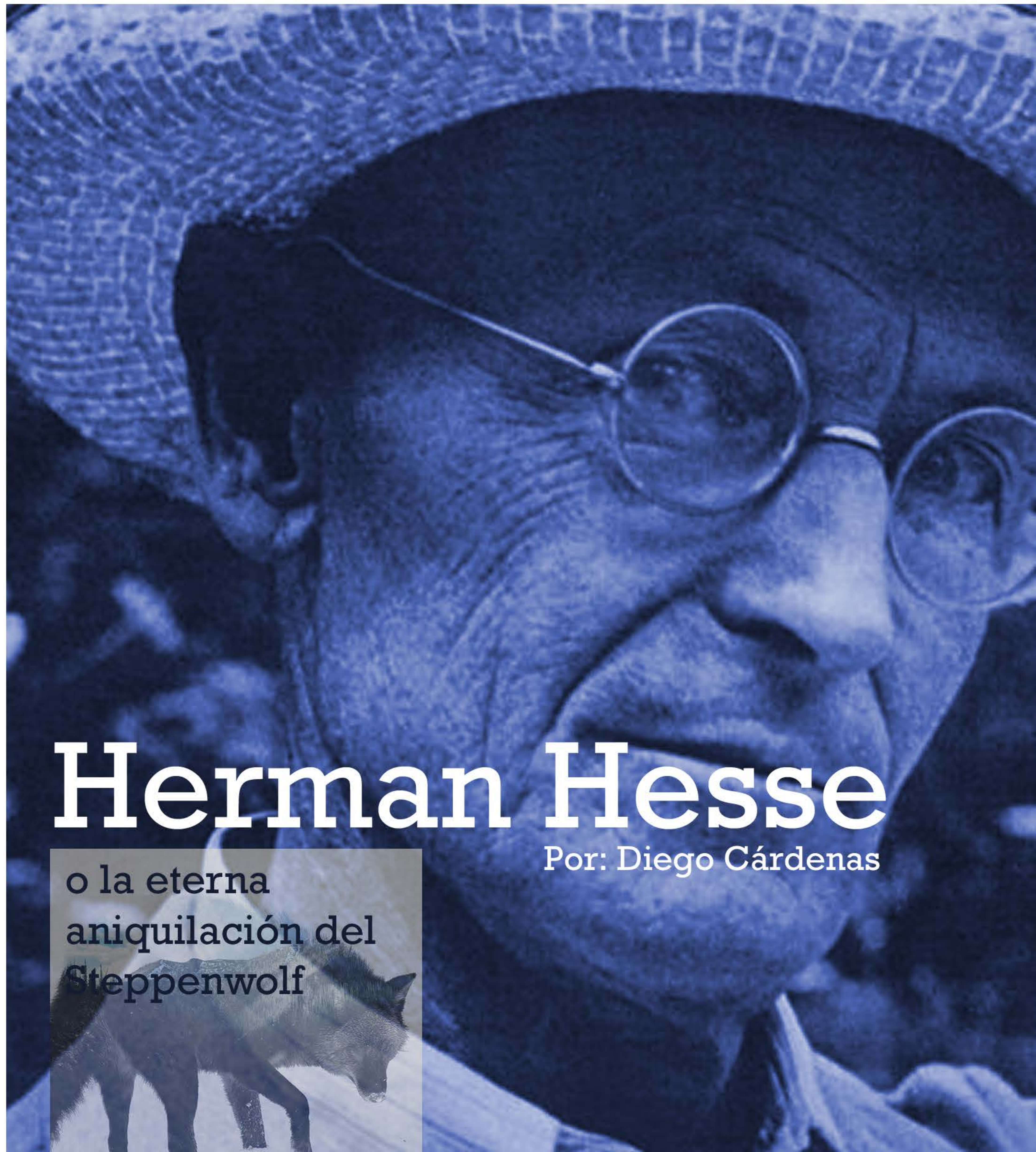
Diego Cárdenas

Paola Clavijo

Nelson Leandro Martínez

Nicolás Sebastián Moya

Gabriel Saavedra



Herman Hesse

Por: Diego Cárdenas

o la eterna
aniquilación del
Steppenwolf



Hermann Hesse o la eterna aniquilación del Steppenwolf. La historia de la literatura computa los nombres de dos Herman o Hermann (las vicisitudes ortográficas no entorpecen la siguiente analogía). El primero compuso una gran canción trágica sobre un capitán y una ballena blanca; el segundo imaginó con no menos precisión la tragedia angustiante del hombre moderno. Como todos los hombres, Melville y Hesse son análogos: ambos sospecharon, algunas veces con ironía, otras con pueril humor, que el sufrimiento es la esencia de la condición humana; ambos intuyeron que la existencia es ilusoria. Como todos los hombres, Melville y Hesse difieren enormemente: el primero es un hombre de aventuras intensas; el segundo, un apacible librero, un hombre confinado a la intensa soledad que depara la reclusión. Al primero le atraía la idea de un Dios hostil que había abandonado su creación; al

segundo le cautivaba la idea panteísta de un Dios inmerso en la naturaleza. Los hechos que fraguaron cada una de sus vidas los hacen análogos y dispares. Nada más frívolo, nada más enaltecedor, que recapitular las peripecias de una de esas vidas.

Herman Hesse (1877-1962) nació en la montañosa y recatada ciudad de Calw, Alemania. Desde joven fue ávido lector, más adelante trabajaría como librero. La biblioteca de su familia fue una enorme fragata que le permitió abandonar el pasado misionero de sus ancestros. Recorrió con entusiasmo las páginas de Novalis, las más y menos ilustres sentencias de Goethe y la ineluctable filosofía de Nietzsche, de quien abjuraría con disimulo en muchas de sus futuras páginas. De Novalis aprendió que el universo está compuesto de infinitos fragmentos y que el sufrimiento es una forma de honor. Gracias a Goethe aprendió a discernir los ídolos, reconoció que el palpitante espíritu alemán es

discreto y no, como creían muchos alemanes, feroz. Desde su juventud fue un hombre taciturno y sereno; conoció el amor en los brazos etéreos de varias mujeres, apenas sombras melancólicas de su spleen. Adoleció de aquel desencanto propio de su tiempo que sólo un poeta como Eliot pudo amonedar en los intrincados versos que componen *The Waste Land*. El vértigo ante el suicidio y lo sublime lo cautivaron en más de una ocasión. Contempló con curiosidad y desdén el abismo de la muerte. Las cuatro verdades del Buda y el óctuple sendero lo consolaron en los inciertos días y en las intranquilas noches que forjaron aquel siglo. Esta fue, tal vez, la más valiosa lección que pudo legarle Schopenhauer.

Fue un cristiano anómalo, pues pensaba que se podía creer en Dios y en el sacrificio de Dios y, al mismo tiempo, entregarse al conocimiento de la doctrina budista. Como Lovecraft, Hesse intuyó que el universo es infinito e indiferente

y que el conocimiento humano es vanagloria. Cualquier otro hombre de su siglo, con semejantes antecedentes, hubiera cedido a los desafueros del nihilismo; Hesse fue discreto: se entregó a la paciente elucubración. Pese a las contradicciones, logró percibir su presente y su porvenir con sobrecogedora esperanza. Conjeturó, a la manera de Whitman, que el hombre es un microcosmos y que, si bien el universo es inevitablemente arcano, la introspección espiritual podía dotar al hombre de una dimensión plural y eterna. Fue, pues, en el refugio ilusorio de la existencia donde halló su consuelo. Estas y otras circunstancias anteriores lo llevaron a aborrecer la guerra a la par que, inspirado por las lecciones del Buda, profesaba la destrucción del yo.

Durante las dos grandes guerras de su siglo, Hesse fue un alemán prodigio: fue pacifista y soportó con estoicismo admirable el oprobio

que le deparaba el nazismo. Como escritor fue prolífico; como pensador, errático. Se intuye que descreyó del maniqueísmo, de la encrucijada existencial de Pascal y de la dialéctica hegeliana por considerarlas tristes simplificaciones de la condición humana. Con menos radicalismo que Flaubert, Hesse usó el humor y la alegoría para exponer los excesos de la estupidez humana. En Hesse, la alegoría, el símbolo, la metáfora y la alusión directa se mezclan en un estilo artificioso que emula simplicidad, quizás para superar la dialéctica clásica. Sólo en su estilo es concebible algo como: “la infelicidad que necesito y añoro es diferente. Es del tipo que me permitirá sufrir con ímpetu y morir con lujuria.” (*Der Steppenwolf, III*), o, “en la Eternidad no existe la posteridad.”. En cierto modo, su obra avala el aforismo de Wilde acerca del valor autobiográfico de la creación artística. Por esta razón, Hesse comprendió que toda obra posee algo de autobiográfico porque ha sido pensada por un hombre cuyo malestar

y único remedio es la existencia.

Todo hombre anhela, en algún instante de su existencia, deshacerse de sus circunstancias. Hesse deseó siempre escribir un libro en forma de viaje espiritual en el que la revelación de lo plural se diera en su sentido más completo, irrevocable, mas no unívoco. Con obstinada determinación solo comparable a la de aquel hombre que imaginó las prosaicas peripecias de *Madame Bovary*, Hesse soñó con un libro que emulara la eficacia de la palabra fatal de Dios y la experiencia dilatada del Buda. Prueba de aquel éxtasis fue su *Siddhartha* (1922) que se apropia del nombre de aquel príncipe de Nepal que habría de convertirse en el Buda, pero en la que interpola aspiraciones personales. Sin embargo, la novela que más se acerca a este ideal quijotesco es, sin duda, *Der Steppenwolf* o, como se ha traducido fielmente al español, *El lobo estepario*. Data de 1927.

En *Der Steppenwolf*, Hesse ilustra, de manera más explícita, su aspiración de construir un libro de revelación espiritual total. La novela se alza como una aspiración de libertad, un canto de sublevación si se quiere; su lenguaje, en cambio, no deja de ser humano. La trama de *Der Steppenwolf* es la de un sacrificio, la del sacrificio de un hombre, Harry Haller, quien ha creado un artificio para explicarse a sí mismo. Harry sucumbe a esta estratagema: considera que en su interior se desata una lucha entre el hombre de la razón y el lobo de las estepas (Steppenwolf) que es un ente rústico e instintivo que justifica su misantropía. Harry se sabe condenado por su invento, pues cuando actúa como hombre, el lobo le gruñe desde su prisión; cuando se entrega al desenfreno lobuno, el hombre lo censura con silogismos morales. A ese dualismo en pugna le da nombre de personalidad y le adjudica todos sus males. Piensa en el suicidio, piensa en el confinamiento del spleen. Ni la vida intelectual ni la vida en las

estepas pueden satisfacerlo. La creatura se transforma, pues, en alegoría y símbolo. Se intuye que este subterfugio de la personalidad no representa la crisis de un solo individuo, sino la de *todo un tiempo*. Harry lo ignora. También lo ignora el lector quien tiende a identificarse con el Steppenwolf.

El sacrificio de la obra se inicia con un hecho extrañamente fortuito: Harry recibe de manos de un desconocido un manuscrito en el que se expone la doctrina del Steppenwolf y la doctrina de los hombres inmortales que abjuran del Steppenwolf. Harry es mencionado y descrito con precisión en ese tratado que algún tercero – se sospecha que es falaz porque es desconocido- ha redactado. Aquí inicia un largo viaje de transformación y deconstrucción. Ahora bien, la ejecución de la tarea del sacrificio no es novedosa a pesar de que muchos lectores en su tiempo no pudieron percibirla. Quienes creyeron que la novela servía como excusa

para construir un concepto (el del Steppenwolf) malinterpretaron, quizás ingenuamente, la obra. Ésta, más que un edificio indeleble, es un jardín caótico de senderos infinitos. Como el *Crimen y Castigo* de Dostoievski, la novela de Hesse es ante todo una obra de transformación en la que es necesario destruir para crear.

La idea del Steppenwolf, por así decirlo, es una consecuencia evidente del contexto en la que fue concebida; alimentarla significaría entregarse a la tautología. Más elemental, más humano, resulta el acto de vindicar. Vindicar la vida a través de la destrucción y la muerte es una de las finalidades de la novela. Más aún, vindicar la eternidad por medio de la aniquilación de la vida, meta que hermana la novela con la doctrina budista. Esta última idea no implica un suicidio ni físico ni espiritual, por el contrario, significa una ruptura del ciclo eterno del sufrimiento que encarna la existencia. Implica, además, un reconocimiento del yo,

que deja de ser un yo para convertirse en un todo. Prueba de esto es esa suerte de panteísmo o bifurcación que representan los demás personajes de la novela, todos, quizás, creaciones y emulaciones del mismo Harry.

De este modo, el misterioso hombre que le entrega a Harry el manuscrito sobre el Steppenwolf, el aún más misterioso autor del manuscrito, Hermine (la hermafrodita), María, (el redescubrimiento del amor y de la vida), el intelectual burgués, el burgués no intelectual, Pablo, Mozart, Goethe son todas virtualidades del mismo Harry, productos del sueño y la vigilia. Son, ante todo, la evidencia de una introspección que conduce a la desintegración y a la transformación de la materia. Son, asimismo, las voces que componen ese diálogo meditabundo que se realiza en la soledad. Hasta el mismo Hesse aparece allí, no como si las creaciones fueran desdoblamiento del creador, sino como si el creador mismo fuera una más de las ficciones de su

creación.

Pero todas estas ambigüedades ontológicas no sólo se encuentran en el espíritu de Harry. Los espejismos en la forma misma de la novela resultan ser no menos conspicuos ni tremebundos. Un comentario de Pietro Alighieri ha inclinado a los exégetas de la *Divina Commedia* a pensar que Dante había compuesto su obra siguiendo los cuatro niveles hermenéuticos con los que se leían e interpretaban los textos sagrados. De este modo, Virgilio era el poeta creador de la Eneida y el símbolo de la sabiduría pagana; la loba y el león del primer canto, símbolos de la codicia y la soberbia; el círculo de luz del último canto, Dios y la anagogía que experimenta el poeta; Beatriz, la bella *donna* que Dante amó profundamente en el silencio de sus noches y, además, el símbolo de la fe. Asimismo, es posible leer *Der Steppenwolf* como una serie de hechos plausibles o como la dilatada alegoría de la transformación y la

deconstrucción de un individuo. Podemos creer que cada personaje de la novela posee una autonomía propia, o bien, que cada uno no es más que la bifurcación de un mismo hombre. Podemos leer la búsqueda de Harry en su literalidad o en su valor simbólico como el viaje de un alma hacia la revelación del espíritu y de lo eterno.

Y aquí nos acercamos a la misión que probablemente se impuso Hesse al redactar la obra y que sólo la intuición de su espíritu creador pudo realizar con eficacia. El sacrificio encuentra su imagen más precisa en la idea del viaje y, tal como el viaje de Dante, el viaje de Harry termina con una imagen poderosa e inefable: la de la *revelación* de un mundo más elemental y alegre, el mundo del *espíritu*. Para llegar a él se hace necesario, como lo dice la doctrina budista, iniciarse en la introspección, aceptar las cuatro verdades de la existencia, aniquilar el yo para aniquilar el sufrimiento con el fin de

aceptar la pluralidad de la creación en su totalidad como una visión fugaz, pero nítida, como una brisa que roza levemente los párpados y deja su recuerdo indeleble en la memoria. Al espíritu no le bastan las circunstancias de un universo banal ni la superficie de las cosas. Las goza, es cierto, pero busca en ellas la dimensión oculta que apenas se le insinúa al mundo.



Esa dimensión es el *instante* de la *eternidad* que puede ser fortuito o el resultado de una intrincada búsqueda. Explicarlo es no menos fútil que explicar el arte.

Todo hombre -pudo haber pensado Hesse- tiende a lo eterno, al instante que aniquile su condición humana o que la valide en su esplendor. Todo hombre ha soñado alguna vez con la trascendencia. Hacia el siglo XIX, Hugo escribió en aquel intrigante prólogo a su *Cromwell* que todo aquello que había precedido al cristianismo había iluminado el mundo como una tenue llama, pero que sólo Cristo había sido el sol, sólo la vida y el sacrificio de Cristo pudieron dotar al arte y al mundo de una revelación total y etérea: la de lo sublime y lo grotesco. La afirmación de Hugo puede resultarnos exagerada; revela, en cambio, un sentimiento enaltecedor. Bien sabemos que las doctrinas religiosas se presentan como caminos hacia lo eterno. Esto lo han

sabido los mártires del cristianismo y no han dejado de sospecharlo los hagiógrafos. San Agustín lo proclama en sus *Confesiones*; Dostoievski, en aquel personaje de *Los Demonios*. Nada más elemental y humano, sin embargo, que el arte.

La experiencia sublime que experimenta el hombre frente al arte es inefable porque es arcana, prístina y desgarradora; es un retorno momentáneo a lo eterno, es una *trasgresión* de las leyes comunes del tiempo y del espacio. “Y la eternidad” –nos dice Hermine– “no es más que la redención del tiempo, su retorno a la inocencia, por así decirlo, su transformación, de nuevo, en espacio.” (*Der Steppenwolf, III*). No es esa eternidad medieval fundada en los hechos épicos. No son las proezas del Cid ni las peripecias de Roldán o de Jasón que, aunque inspiraron las obras que aún se leen y se seguirán leyendo, no tienden a lo eterno como sí lo hacen, en cambio, aquellos poemas anónimos de los que ellos hacen

parte y que tantas vigiliass gozosas le otorgaron al hombre que se llamó el Quijote. Lo eterno es menos la fama que canta Manrique a las acciones de su padre que el poema mismo que compuso en su honor.

Ahora bien, como toda experiencia valiosa, la experiencia del instante eterno simplemente sucede. Harry la experimenta en aquel teatro mágico que se le aparece al final de la novela, no la comprende, luego se le revela en una imagen que encuentra inefable. Se entiende, pues, que la eternidad está acechando en toda la naturaleza, pero solo en el arte encuentra su forma más perfecta. Como lo intuyeron Dickinson y Wilde¹, tal vez como lo quiso expresar Hesse, la eternidad es un instante en el que se funden el descubrimiento y el redescubrimiento de la revelación artística.

Probablemente, el dilema espiritual

¹ Este último afirma, contradiciendo los conocidos postulados de Aristóteles, que era la Naturaleza la que imitaba al arte. (*The Decadence of Lying*).

de Harry resulte anacrónico en nuestros tiempos de laureados sincretismos, pero juzgarlo resulta siempre mucho más cómodo que tratar de comprenderlo. Si para algunos el gran legado de la novela es esa figura majestuosa del lobo de las estepas mientras que para otros lo es la honda desesperanza que emana del mismo Harry; si la novela se ha leído más como el símbolo del desencanto que como el epítome de la esperanza y de la sanación (como lo expresa Hesse, no sin cierta aflicción, en el prólogo a la segunda edición); si esa enfermedad del espíritu aún nos devora, ¿no podríamos afirmar, entonces, que ese mundo de Harry es tan nuestro como suyo? Porque el universo aún nos mira con esa violenta indiferencia que lo caracteriza, porque ante el infinito cosmos aún somos creaturas ínfimas y angustiadas cuya existencia es ese abismo de la desesperación (¡pienso en la etérea imagen de Kierkegaard!) que atrae como atraen la tierra y los mares al recién embarcado marinerero:

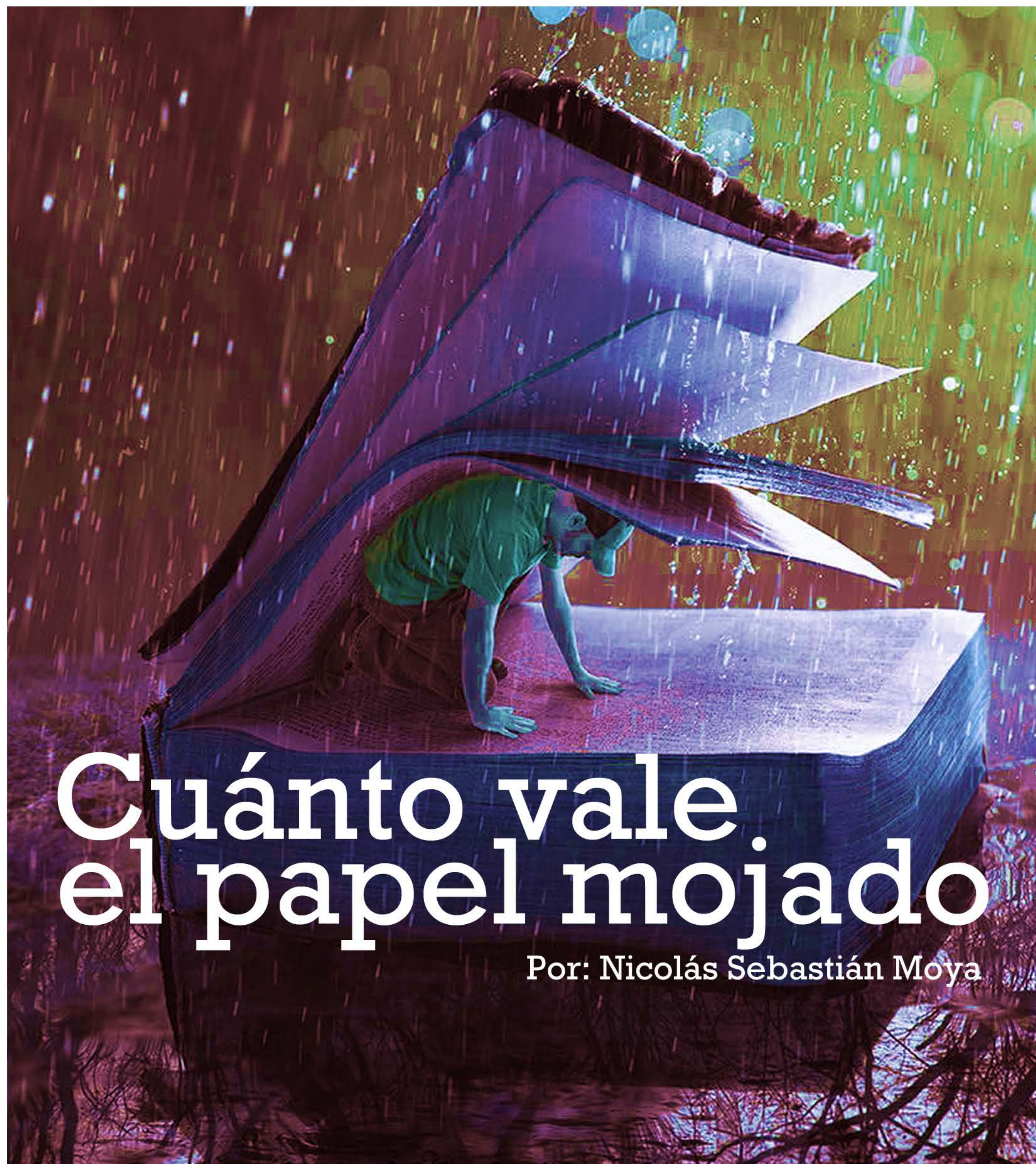
con una sensación de irremediable rareza y congoja. Y en medio de este dilema, que también atemorizó a Pascal, oscila el espíritu a la espera de esa introspección juiciosa, hoy más necesaria que nunca. Como consuelo nos quedan la revelación del arte y la libertad momentánea que nos promete lo eterno.



Diego Cárdenas

Licenciado en español y lenguas extranjeras, apasionado de la filosofía, las letras y las culturas, pero, sobre todo, desocupado lector. De los infinitos artilugios que componen el cosmos, el azar ha conducido mi interés hacia uno en particular: el libro, fragata del pensamiento, numen para el espíritu. Escribo-creo que escribo- para conversar con el silencio; escribo -a tientas en las penumbras, a la manera de Platón- para recordar.

Contacto: Dacl0706@gmail.com



Cuánto vale el papel mojado

Por: Nicolás Sebastián Moya



Nicolás Moya
Estudiante literatura

Cuánto vale el papel mojado

La única bandera que me pone de pie

Son las bragas de una mujer.

Mago de Oz – Lo que el viento se dejó

Para los que odian a esta banda porque sí.

Caminar bajo la lluvia es de las sensaciones más deliciosas del mundo, es la mejor forma de resignarse a vivir, de luchar contra el equipo contrario, de contemplar a la persona que camina a tu lado, de caer en desgracia y reprocharse todo. Dejando de lado el intento de reivindicación de este cliché, no me queda más que contar cómo fui víctima de él. En el camino hacia la Biblioteca Virgilio Barco, atravesando el parque Simón Bolívar en Bogotá, iba este presuntuoso caballero ahogado en las ganas de disfrutar de la compañía de su bella doncella, atontado y despreocupado disfrutaba

de lo que se puede considerar un buen clima en esta ciudad de nadie, pero donde vivimos todos (algo así como sin sol destroza cutis y lo suficientemente templado para que la ropa pueda proteger del frío)

Atravesamos este descampado con el ánimo de disfrutar de la naturaleza y esquivar los ladrones de alrededor del parque, esa bella ilusión que una reja de no más de dos metros de alto puede dar a la confianza destrozada por la inseguridad vivida en los reinos del sur. Pero ¡oh! qué poco sorprendente y muy predecible clima de mierda nos arrojó toda su agua con furia, y yo, preso del cliché de lo último que me acordé fue de la finalidad de este viaje más allá de cortejar a mi bella acompañante. Pues, en mi maleta que claramente no era impermeable y por más que la señorita vendedora de Tutto mirándome a los ojos y contoneándose como vendiendo su cuerpo me aseguró que sí lo era y que ese material estaba

diseñado para que pudiera llevar un computador portátil y no le pasara nada. Llevaba los libros que mi mujer debía devolver de un préstamo hecho en la biblioteca a la que nos dirigíamos. De manera sorprendente, la puta especialidad de la maleta no sirvió para resguardar unos pequeños libros de la lluvia, por este incidente recuerdo cada cierto tiempo a la madre de la vendedora, a los ingenieros que diseñaron la maleta, a los dueños de Tutto y por qué no, al gobierno... La rabia y las groserías me alcanzan para todos.

Entonces, al llegar a la puerta de la biblioteca y sacar los libros, vimos que estaban afectados por el agua, realmente de los cuatro libros que llevábamos tres tenían solo mojados los bordes y uno tenía un poco mojado el lomo, el último estaba impresentable. Nuestra estrategia fue hacernos en una mesa lo menos visible posible y sacudir las hojas para secarlas lo mejor que podíamos. Hacíamos cuentas de cuánto valdrían

los libros y de si había alguna opción de pagarlos, pero descartamos eso rápidamente. El tiempo nos ayudó un poco y vimos que los tres libros que solo tenían mojados los bordes quedaron un poco arrugados, nada que el tiempo no arreglara, pero el libro que más estaba comprometido lo dábamos por perdido “ese nos toca pagarlo” dije resignado y por esa casualidad de la vida, vi por la ventana que el sol estaba quemando la sabana después del micro aguacero que pasó para arruinarnos.

Con la culpa en nuestros hombros y con cara de ladrón de banco nos acercamos a la caja donde un encargado recibe los libros, pensé en pasar de último el libro más afectado pero en mi nerviosismo pasé de primero este ejemplar, creo que mi expresión decía “jueputa” desde donde quiera que me pudieran ver, pero para mi sorpresa las insensibles manos de este joven con cara de adolescente y odio a su trabajo o existencia, no notaron los daños

del libro y mi expresión cambió de “jueputa” a “mucho marica”. Pasó el segundo libro sin problemas, pero el tercero lo dejó a un lado, el último pasó y nos dijo “este libro no lo puedo recibir así, este daño es cuando no se deja secar bien las hojas mojadas” señaló una parte completamente seca. También nos dijo “siempre aconsejamos usar una bolsa plástica para llevar los libros y evitar estos daños” hoy es el día en el cual me sigo preguntando en qué trimestre de bibliotecología del Sena este joven aprendió que el plástico cubre del agua y aun más dónde aprendió a decir obviedades tan pendejas.

Atrapados a merced de una persona que no decía nada, mi princesa convertida en un mar de nervios por el miedo a lo que tocara pagar sacó valor y dijo “entonces qué tenemos que hacer” a lo que nos responde “voy a llamar al encargado”. Llegó una señora de figura enorme y actitud de

Tronchatoro a decirnos que ese libro teníamos que reponerlo, que solo original, que por ser nuevo solo lo vendían en la panamericana, que esa autora había descubierto vida en marte y por eso era muy caro el libro, que la editorial solo imprimía en papiros perdidos de la biblioteca de Alejandría y por eso era una pérdida muy triste, que ese era el libro que ella le leía a los niños enfermos de cáncer terminal para darles esperanza en el hoyo de sus almas y por eso era irremplazable y que aunque compráramos uno nuevo y original quedaríamos marcados por la mancha negra de la vergüenza de por vida.

Mientras caíamos a causa de esta retahíla de estupideces, llegó el verdadero encargado y por suerte jefe de esta mujer insatisfecha con la realidad y nos dijo que él sabía que no todos tienen el dinero para comprar un libro de esos y por eso acudían a la biblioteca, que sacáramos

libros con mi carnet ya que el de ella iba a quedar congelado hasta que respondiéramos por el libro, que multa no había porque igual se podía reponer el libro y que no correrían los días para devolverlo. Ya más calmados nos hizo ir a un lugar más apartado lejos de un poco de intrusos y chismosos que nos vigilaban para ver el final de nuestra historia y entre susurros nos dijo “vayan al centro y compren un libro de segunda, pero miren que no tenga marcas de sellos o nombres, que esté en el mejor estado posible y yo se lo recibo así”

Durmiendo entre putas y ladrones

En nuestra travesía por el centro, la literatura estaba tirada en las calles, solo detectable al ojo experto, coqueteando con los aventureros y descarados que no van a pagar el valor completo de nada. Buscando economía en la cultura.

Vagamos por las calles anchas,

también por las estrechas. Preguntando en todo lado y manoseando copias piratas. Al parecer esta autora sí era una reina del underground pero no una super ventas ni la siguiente premio nobel. Los premios nobel no valen un centavo, los encuentras repetidos tirados en el piso, en el desorden ordenado de las librerías celebres del centro, ocultándose del sol detrás del libro de Michel Obama o algún libro de autoayuda. Creo que esos libros que llamamos joyas, son joyas porque las encontramos después de escarbar entre tanta basura, incluso en las librerías de renombre por manejar precios costosos, las joyas se ocultan como si hubiera pena de tenerlas en sus estantes. Lo peor es que esta practica le da de qué hablar al personaje pretencioso que alardea de quiénes son los verdaderos autores y literatos que hay que leer. Pero querido lector, antes de que haga una conjetura y diga que, porque entonces el lector nuevo o

promedio no busca buenos autores y que este tipo de personaje tenga razón de poner tal o cual autor en un pedestal, usted debe entender que descubrir la literatura es un proceso que cada persona hace por separado y que leer un autor conocido o no, implica el mismo hecho de la búsqueda. También leer es una acción que se hace por gusto y por lo mismo un autor por bueno, nobel, renombrado por los pensadores y autor intelectual del cambio de los paradigmas de la literatura, no va a ser del gusto de todo el mundo, lo que se debe evitar es poner mis gustos por encima de los demás y no entender la importancia de algo por encima de si me gusta o no.

Nos tomó toda la tarde encontrar una copia decente del libro que teníamos que reponer, 15 mil pesos nos costó y estuvimos a punto de pagar los 75 mil que valía nuevo en Panamericana. La conversación que surgió de este logro tocó los temas de: este libro está mejor que el que

nos toca reponer; ¿Por qué los libros de esta autora son tan caros si no es tan famosa?; la Panamericana si que roba con precios; si es tan buena autora por qué se murió, digo por qué no estaba en la renombrada Librería Nacional.

Quédese quieto si no quiere que lo dañe

Con el libro en mano solo nos quedaba entregar la reliquia y que se hicieran romanceros en nombre de nuestra aventura. Con lo que no contábamos era con la presencia solitaria y sin apoyo de la figura enorme de nuestra antagonista. Ella nos recibió el libro y la factura (que era obligatoria para poder hacer la reposición) y aunque el libro estuviera mejor que las ediciones existentes en la biblioteca, la muy maldita se fijó que la factura no era de una librería reconocida, reputada y repudiada. La pelea fue épica, de miradas mortales y con frases del más alto contenido poético. Llame a

el señor que nos dejó traer este libro, el señor calvito (era lo único que recordábamos de él) Pues está en descanso, llega en media hora y así llegamos al entre tiempo de nuestra contienda.

El miedo volvió, si no lo lográbamos el chistecito nos saldría más caro. Yo en mi infinita sabiduría solo podía decir: “si no lo reciben dejamos así, igual sacamos libros con mi carnet y a esa gente tarde o temprano borran eso del sistema y vuelves a sacar libros, créeme ya he visto que pasa así” Pero ella en su infinita honradez dijo “no”

A la llegada del calvito se reanudó la batalla, rápidamente él se acercó y con un gesto que claramente decía “chite no fastidie” nos recibió el libro, nos devolvió el libro dañado y nos dio vía libre de sacar más libros con el carnet de ella. Con alegría nos burlamos de la pobre empleada y fuimos a darnos el gusto de buscar libros, por la casualidad grande que

hila al universo, estábamos buscando *Cien años de soledad* y cuando lo encontramos solo había dos copias en italiano, con la portada rota. Uno con el lomo deshecho y al otro le faltaban páginas. Nos vimos a los ojos y nos besamos como para no hacer triste este final.



Por: Paola Clavijo

Regate radial



Hacer un programa radial sobre algo que te apasiona puede llegar a ser tan complejo como anotar un gol contra tu rival de patio. La preparación tras bambalinas de sonidos, guiones, música y temáticas necesita de tiempo y conocimiento, tanto como el acondicionamiento físico, la astucia y tranquilidad combinados con la seguridad que te da un balón durante 90 minutos.

Podríamos hacer miles de símiles con la disposición física y mental que necesitan los jugadores con respecto a una suma de situaciones cotidianas que se disputan en un tiempo específico; como en la continuidad en el campo de juego, la consolidación de un equipo de trabajo estable ayuda a visibilizar virtudes desconocidas por no haberse atrevido antes a “chutar” al arco.

Tanto en un partido de fútbol como en un programa radial habrá

eventualidades, jugadas, sonidos, interrupciones y lesiones que dificultarán la apropiación certera del balón o de un micrófono que titila en luz roja “en vivo”, provocando un susto tal como ver a nuestro rival acechar por un gol. Momentos angustiantes donde se acelera y desacelera el corazón, donde la voz se quiebra por los nervios de enfrentarse a un invitado muy esperado, o se aguarda por un ídolo que se encuentra tras una bocina de teléfono u otra pantalla en una entrevista a larga distancia. Son esos instantes en los que tanto el locutor como el volante creativo deben pensar con cabeza fría, levantar la mirada y reconocer un apoyo oportuno para el pase gol a quien comparte la mesa de trabajo.

Habrán fanáticos del trabajo que llevas a cabo en cada hora de programa, otros que te odiarán por tus palabras, por las opiniones que das frente a cierto tema, incluso por tu manera de expresarte; habrá

otros que ayudarán a compartir el contenido que te ha costado crear y aún así con esos ires y venires, con días amargos y felices, sentirás la satisfacción de haberlo logrado. Tal y como pasa durante los 90 minutos de un partido de ese equipo que respetas, por el que hinchas el pecho con orgullo cuando sabes que le salen bien las cosas y en el que los jugadores están soportando comentarios, algunos hostiles, otros de admiración y muchos que pueden cambiar la mentalidad de quien trabaja pateando la “pecosa”.

Aunque parezca, ni la radio ni el fútbol terminan cuando se acaba el programa o suena el pitazo final; las emociones, las opiniones, los recuerdos e incluso las lesiones hacen que sigan apareciendo imágenes y sonidos en la memoria de

los apasionados. El toque misterioso y mágico que tiene la radio atrapa a su audiencia como ningún otro medio si se utiliza de la mejor manera. Por ello, para los amantes del fútbol sentirse en sintonía con un buen programa de radio puede llegar a ser tan placentero como gritar un gol de visitante al último minuto.



A lo largo de la historia de la humanidad la radio ha acompañado los trasegares de guerras, olimpiadas, mundiales, tragedias naturales y cambios culturales, musicales, políticos y sociales alrededor del mundo. La radio es el eje central de los medios de comunicación en los que se comparten opiniones, entrevistas, pensamientos y donde se encuentran distintas perspectivas de vida. La radio es fundamental para la comunicación y transmisión

de información, a pesar de haber perdido valor o fidelidad de sus oyentes a causa de los medios de comunicación instantánea actuales. Sin embargo, no puede ponerse en tela de juicio su valor inmaterial como parte de los avances tecnológicos y comunicativos de la sociedad, así como se torna inimaginable una liga sin un onceno histórico que ha traído tantas glorias y felicidad a una nación.

En tiempos de carcelación voluntaria, donde la cotidianidad ha transmutado a un sinnúmero de reuniones virtuales donde se han apagado luces de estadios, colegios o lugares turísticos, y se han cerrado puertas de bares, conciertos y partidos de fútbol, la radio ha

cumplido su rol de la mejor manera, acercando a los oyentes a esos espacios -ahora vacíos- y ha permitido que incluso el fútbol no sea ni se sienta tan distante.

A un lado quedaron las tardes soleadas aguantando los movimientos de un balón durante dos tiempos, las reuniones pre y post partidos y los abrazos y gritos de gol, para ser capsulados en el negocio obligatorio de la televisión. Es la radio el alternante a la podredumbre del fútbol moderno, de apuestas, del VAR, de la privatización del juego y hasta de la compra y venta de jugadores que son avaluados a precios exorbitantes en comparación con profesiones relacionadas con el cuidado del ser humano. La radio permite tener ese contacto más cercano con un jugador, con los toques en la mitad de la cancha y las reseñas post partidos que permiten expresar las frustraciones o alegrías que brinda un color, un uniforme o pensamiento colectivo.



La unión de la radio y el fútbol en medio de la pandemia ha desatado un sinfín de sensaciones y pasiones, acomodando el contacto del hinchas con los equipos a otro nivel, abriendo la posibilidad de comunicar a otros el sentimiento irracional de los aficionados al balón. Como menciona Eduardo Galeano, “no hay nada menos vacío que un estadio vacío. No hay nada menos mudo que las gradas sin nadie”. Así, la radio viene a ser el cambio al minuto 60 que busca regatear y anotar un gol con sus transmisiones escuchadas en los rincones y las gramas de cada país.



Paola Clavijo

Soy profe de español e inglés y comparto con mis estudiantes la pasión por aprender algo nuevo y comprender al otro y su mirada. Hago radio deportiva en una emisora universitaria y me descubro a mí misma y mis habilidades a través de un micrófono y un «Al aire». Amo el fútbol y lo respiro a diario con la emoción de un hinchas con los goles de su equipo. Dalí es mi pintor favorito y el son, la literatura y los girasoles son mis maneras para expresar las sensaciones del corazón.

Reseña



Nocturnal Animals

Por: Gabriel Saavedra



Gabriel Saavedra
Estudiante de literatura
y apasionado del séptimo arte.

Probablemente una de las mejores inspiraciones que puede conseguir un artista es el dolor emocional, las cosas que pasan en la vida y que la boca no es capaz de dejar salir obtienen la oportunidad de hacerlo por otro medio, ya sea una pluma, una cámara, un instrumento o el propio cuerpo. Uno de esos dolores difíciles de sacar es el abandono, sentirte desechado por aquella persona por la que darías el mundo, intentar llevar a cabo todo el duelo que conlleva encontrarse perdido en el proceso de amar a alguien que ya no siente lo mismo. Este proceso casi catártico lo podemos ver en la película Nocturnal Animals.

Nocturnal Animals es una película de 2016 escrita y dirigida por Tom

Ford, la cual cuenta dos historias que pasan simultáneamente, siendo la primera sobre Susan Morrow, una mujer de alto nivel socio-económico que dirige una compañía de artes plásticas y su exesposo Edward Sheffield, quien 20 años después de su divorcio le envió un libro escrito por él, titulado Animales Nocturnos (nombre que usaba para referirse a ella). En este libro cuenta una segunda historia, que tiene como protagonista a Tony Hastings, un hombre que iba a viajar con su familia (esposa e hija) a Texas, pero en medio del camino se ven encerrados por un grupo de tres hombres: Ray, Lou y Turk; estos secuestran, violan y asesinan a su familia mientras lo dejan a él tirado a la deriva; posteriormente Tony tiene que lidiar con estas muertes y recibe ayuda de Bobby Andes para tratar de conseguir venganza del grupo.

A través de la película se exploran ambas realidades, pues el libro no es más que la forma que tiene Edward

para abrirse y mostrarle a Susan todo lo que tenía en su cabeza debido a su ruptura. Para el análisis, regresemos a algunos momentos que son importantes si queremos entender el mensaje del libro y posteriormente me gustaría hablar sobre algunos de ellos, los cuales considero importantes para esta reseña.

En las entrevistas dadas para promocionar la película Tom Ford dijo:

“esta historia para mí es sobre no desechas a las personas, vivimos en una cultura donde desechamos todo, todo es desechable. Desechamos a las personas”

Tom Ford



al escuchar esta frase, toda la película cobra sentido como unidad; Susan desechó a Edward y él (quien varias veces es llamado débil por su sensibilidad) escribe una novela en forma de venganza contra la mujer que le quitó todo el amor y todos sus sueños de tener una familia.

Quiero enfatizar en la hábil manera con la que Ford para unió dos historias que a simple vista pueden ser tan diferentes, empezando por el claro gesto de usar al mismo actor (Jake Gyllenhaal) para Edward y Tony. Pues ambos personajes lidian con la perdida, el primero es abandonado y reemplazado y su futuro hijo es abortado por la mujer que amó, y el segundo sufre del brutal asesinato de su esposa e hija. Con el paso del tiempo ambos están profundamente rotos y con deseos de venganza, por su parte Edward escribe una novela con la que hará ver a Susan todo lo que ha hecho y poco a poco le mostrará como él ha lidiado con

eso, por otro lado, Tony encuentra a los tres hombres que asesinaron a su familia (representaciones de la misma Susan y el hombre por quien lo cambió) y con la ayuda de Andes (representación de la voz interior de Edward) termina asesinandolos para posteriormente morir.

Aquí empiezo a entrar a un terreno un poco más escabroso al dar una idea de lo que podría haber significado el final:

Al final de la novela Tony asesina a Ray, quien antes de morir logra golpearle el rostro con una palanca y dejarlo ciego. Como puede, Tony sale del remolque en el que estaban y a unos pasos de este remolque acciona su arma contra el mismo. Por otro lado, al final de la película Edward y Susan hacen el acuerdo de verse en un restaurante para hablar de la novela, pero Edward nunca llega.

Como interpretación propia, creo que el final da a entender que Edward logró deshacerse de todo

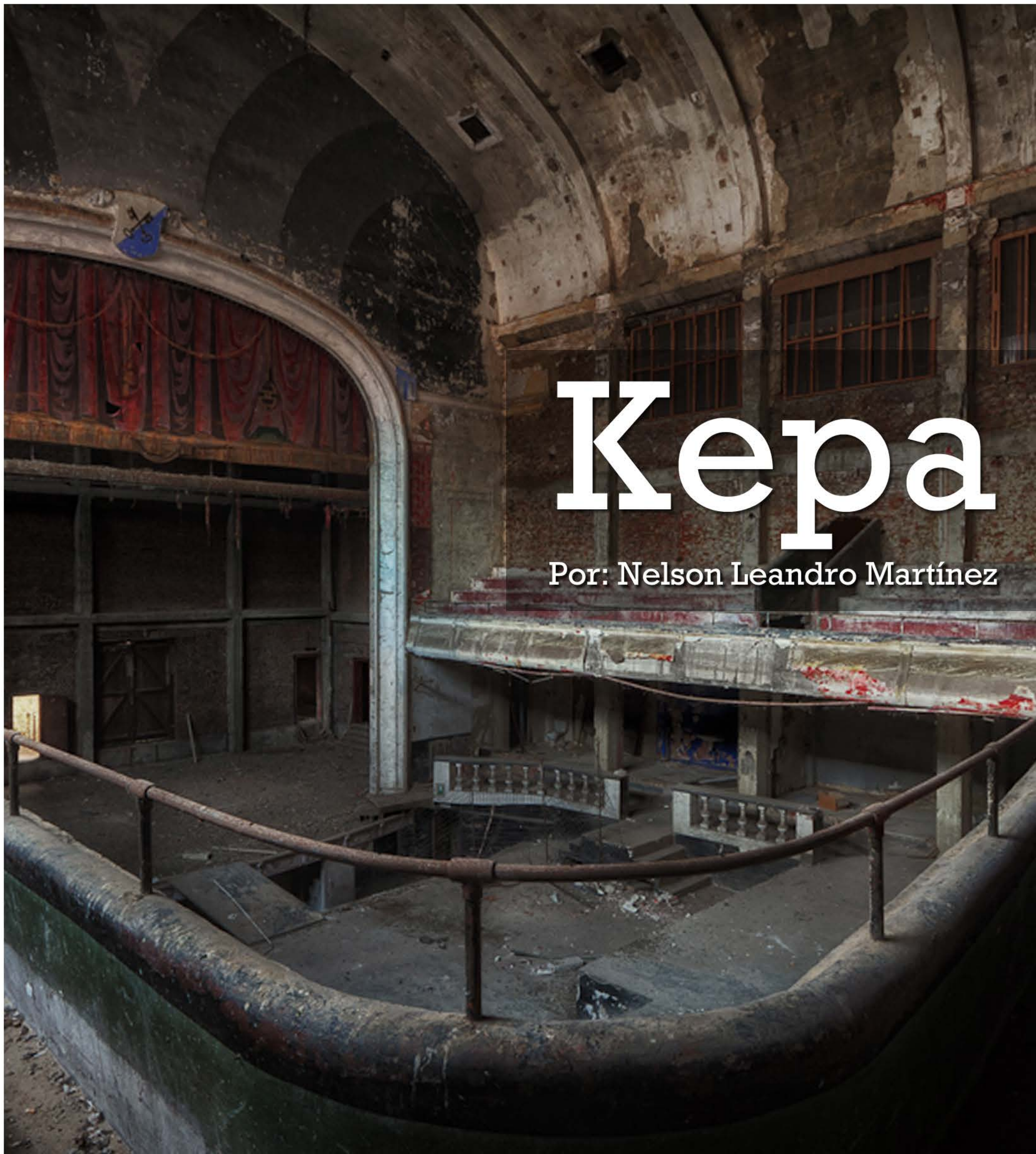
lo que fue Susan para él con un proceso largo y tortuoso, a diferencia de ella que le bastó con irse con otro hombre; pero una vez que se había desecho de estos, quedó sin vida. Esta parte puede ser una de dos: un suicidio o una pérdida total de empatía y de disposición a relaciones interpersonales. Por lo que al aceptar la invitación de Susan y nunca ir (por cualquiera de las dos razones) le deja claro que ahora ella lo perdió.



Hablando de Susan y para entender el poder de ese final hay que entender que ahora ella se encuentra en un punto cúspide de su carrera, pero aun así se siente vacía, además de tener un esposo que la engaña. El momento en el que llegó el libro de Edward fue perfecto porque no solo reabrió cicatrices del pasado relacionadas a él, sino que echó limón a las heridas de la actualidad, haciéndole ver a Susan lo irónico de la vida, ahora es ella quien se encuentra en la posición que puso a Edward 20 años atrás y ahora sabrá que él también la desechó.

Me gustaría dejar a partir de esta reseña mi propio mensaje y es justamente un apoyo a la idea que da Tom Ford en la película, invito a cuidar a la gente que tenemos, pero también invitar a los abandonados a vivir el duelo, a aprender que las cosas no serán siempre como quisiéramos que fueran.

Aprendamos que la gente no se va por nosotros, es una simple decisión para ellos, no somos los culpables de que todo sea temporal.



Kepa

Por: Nelson Leandro Martínez



Leandro Martínez
Cuentista y profesor

*“A stranger has come
To share my room in the house not right in the head,
A girl mad as birds”
Love in the asylum,
Dylan Thomas*

Empujé la puerta y ella estaba mirando por la ventana: -¡Dónde estabas, hijo!

Entré sin responder y me hundí en el sofá con la cabeza hecha un remolino. Sentía un desgaste de días, aunque hubiese estado por fuera solo un par de horas.

-Me tenías preocupada -señaló ella con una mueca que luchaba por parecer natural y tranquila-. No puedes salir así no más... no puedes irte sin decirme nada. Está prohibido.

Los ojos de mi abuela eran brillantes: absurdamente brillantes y cargados. Por un instante -y con ingenuidad- llegué a pensar que estaba a punto de ponerse a llorar: -tráeme una aspirina, vieja -le dije. -Me he pasado toda la tarde leyendo.

Ella no respondió nada y, después de un rato, volvió a mirar por la ventana: -¿vas a quedarte ahí todo el día, mujer? Se me quema la cabeza.

Silenciosa y dubitativa, la vi perderse con la mirada gacha hacia el fondo

del apartamento. La cabeza me pesaba, sentía que debía dormir por días para recuperarme y, sin embargo, me aventuré a echarle el cuento:

-De entrada, Abello no me dio opción -le grité a mi abuela desde el sofá: -tienes que ser jurado del concurso, me dijo el tipo.

-¿Y tú para qué querías ser jurado?, -preguntó ella desde la cocina.

-Abuela, nada prepara mejor para ganarse un concurso literario que ser jurado de concursos. Al fin, parecía que era esa la graduación que tanto necesitaba. “Al principio eres jurado de concursos de ayuntamiento y después sueñas con estar entre los intocables que deciden quién se queda con el Nobel,” sentenció Abello: “también hay sueños para los que juzgan, muchacho.”

-¿Y...?

-Lo pensé durante varios días, vieja, y ahí estaban todas mis fases: aspirante, seleccionado, finalista, finalista otra vez, aspirante, eterno finalista, aspirante de nuevo y, la mayoría de veces, perdedor. Ahora sería jurado; quizá ya estaba cerca, supuse.

Mientras yo hablaba, ella trajinaba con cajones y frascos. Después, antes de volver conmigo, cerró con llave la puerta del apartamento y, sin prestarle mucha atención a lo que hacía, continué con el relato:

-Al otro día discutimos un par de cosas mientras llegaban los demás integrantes de la comitiva, abuela: “a saber”, le dije a Abello, “los concursos literarios siempre están amañados, ¿no? Basta con que uno lo medite un rato para darse cuenta que no existe poder humano que pueda leer mil o dos mil manuscritos en un par de días”.

“Los buenos jurados sí pueden”, me respondió.

“¿Me vas a negar ahora que la mayoría de concursos suelen estar amañados? Últimamente siempre ganan los peores relatos, por ejemplo.”

“Eso es culpa de los que no saben ser jurados, chico. Se pelean tanto por el final de este, por la trama de aquel, por el aparente plagio de este otro... que después es prácticamente una suerte el fallo que decide el premio”.

“Aun así, no deja de ser cierto lo que digo.”

“No, y en esos casos y en efecto, los malos jurados no pueden ni con un solo cuento. Simplemente alzan la bocina y le dan el galardón a un familiar, a un colega o, en el típico escenario, a un alumno digno de recibir la antorcha.”

“Estuve buscando, indagando, leyendo...”

“¿Y...?”

“Después de tantas guirnaldas y platillos, contrario a lo que todo el mundo cree, los ganadores de concurso y sus publicaciones terminan siempre entre el caño o el basurero.”

“Sí; después hasta la gente duda ya que no sabe si encartarse o no con ese librito acaroso y desempastado que le ofrecen por mil pesos el en mercado de pulgas porque, en verdad, ni el librero sabe quién lo emproblemó con semejante hueso. Esa es, por excelencia, la mejor de las ironías poéticas, chico.”

-Más tarde, vieja, tanto Piedad Bonnett como Evelio Rosero y el propio Juan Felipe Robledo se reunieron con Abello y conmigo para contarnos -contarme a mí- quiénes eran hoy día gracias a los concursos literarios. Humildes en su dicción y sus maneras, señalaron que entre los tres reunían premios como el Casa de las Américas, el Premio Nacional de Literatura, el Premio Internacional de poesía Jaime Sabines, el Foreign Fiction Prize, el Premio Nacional de Poesía y hasta un Grammy Latino y un TV y Novelas.

Mecánica, la abuela me alcanzó la pastilla disuelta de una vez en el vaso de agua y, con un gesto cansado, me indicó que siguiera adelante con lo que le contaba.

-Aunque muchos escritores y sectores académicos miren con recelo los premios literarios, estos tres autores tenían motivos suficientes para hacerme creer que dichos reconocimientos podían llegar a ser un verdadero impulso para cualquier principiante. De esta manera, el jurado del premio estaba constituido por tres personas: Piedad, Evelio y este, su mejor nieto, vieja. Yo era el remplazo de Juan Felipe Robledo ya que, en sus propias palabras, no sabía en qué vaca loca me estaba metiendo: “eso de juzgar es delicado”, me dijo: “al final, el ganador es el cuento que escogió el jurado que más grita, ese que seleccionó la persona que más debate, la persona a la que nada se le puede discutir y todos terminan siempre dándole la razón. Amigo, son los jurados quienes ganan los concursos, realmente.”

“Por eso está aquí”, se adelantó Abello señalándome con el dedo: “a él siempre le ha tocado esto desde el otro lado, así que... ¿quién si no él para identificarse con los participantes, en la medida en la que jamás se ha ganado nada?”

-Luego de eso tuvimos una primera reunión afable en una de las dependencias de Abello y dividimos en partes iguales la lectura de los cuentos. Así, en términos generales, llegamos al único e inapelable acuerdo: había que leer todo. Sin embargo, y aunque fui yo el más entusiasta en la celebración de este único punto, pronto supe por qué Robledo me había cedido su puesto. Pensaba -cada vez que envía alguno de mis escritos a un concurso universitario o internacional- que el jurado leía mi trabajo desde un trono, con el poder infinito del mundo entre sus manos y la capacidad y obligación quirúrgica de salvar al próximo Bolaño de la ruina y el fracaso. Pura paja, vieja.

Emocionado en mi narración, me bebí de un solo trago la bebida y, mirando alrededor, encontré la casa diferente pero, antes de pedir explicaciones, ella me instó, arrugando su frente con un dejo de pesadez, a seguir de nuevo con

mis palabras:

-Al principio –y efectivamente- me propuse devorar todos los cuentos. Leía de manera desaforada y animada en un impulso increíble que, para cuando ya no podía más de tanto esfuerzo, noté entonces que la fuerza me había durado apenas un día. Luego de la poderosa emoción empiezan a caerse los ojos. Llegan y llegan manuscritos que uno no sabe ni dónde acomodar. El tiempo avanza y la lectura se hace nociva a un punto tal que, sin notarlo, se empieza a destruir sin darse cuenta. Sin piedad, el jurado le saca la cabeza a la mayoría de relatos sin siquiera haberlos leído y la guillotina despedaza a los demás tras una simple e injusta mirada al título. Después, uno finge leer mientras -en realidad- lo único que hace es desahuciar cuentos hasta por la calidad del papel en el que están impresos. Así, el gran jefe supremo lee en el Transmilenio atragantado de maní, chicles y caramelos. Lee en la comida encontrando uso útil a muchos cuentos como servilletas y pañuelos. Lee en el parque mientras el perro hace sus necesidades y parece que -literalmente- se caga sobre aquel que envió su relato consciente de ser el nuevo Dostoyevski. Pronto, abuela, uno acumula una nueva frustración dado que descubre que es humanamente imposible hacer bien este trabajo porque para esto se necesita talento: también se debe ser un genio para juzgar bien un cuento.... Y, sin embargo, ahí estaba Abello: “ser miembro de un jurado supone poner en manos de la subjetividad personal los sentimientos e ilusiones de otras personas, chico. Por eso, cuando yo era jurado del concurso, nunca lograba decidirme y, por ello, dejaba la responsabilidad a cualquiera. Iba a la plaza de mercado y le alcanzaba a la del consumé los manuscritos. Cuando terminaba el turno, era ella -y solo ella- quien, con un gran fastidio, escogía al próximo rockstar de la literatura. Qué bonito era eso: te lo juro: era muy bonito.”

-Es por eso que los expertos ya tienen sus trucos, -señaló en voz baja la abuela.

-Así es, vieja, así es.... Piedad Bonnett me dijo que en la primera oración estaba siempre el destino de todo cuento y, Evelio Rosero, que todo rimador y enciclopédico debe buscar éxito en redes sociales donde son de más provecho sus ideas. También Juan Felipe Robledo me comentó que uno tiene derecho a jugar con la suerte porque esa es la única razón por la cual alguien se gana un concurso literario y es, con esa vana simpleza, cómo termina trabajando Dios Todo Poderoso: “un acceso total a las obras participantes”, me contó: “muchas de las cuales no alcanzan ni a ser leídas porque el jurado promedio es siempre de carne y hueso...”

-En dónde te metiste -interrumpió la abuela mirando con un suspiro mis zapatos rotos: -hijo, ese estado tuyo da tristeza.

-Se llama pobreza, abuela. Estos zapatos los he utilizado toda la vida.

-¿Y la ropa? ¿También la usas desde chiquito? ¿Tus calzoncillos siguen siendo de peluche?

Fue entonces cuando vi que mi pantalón y mi chaqueta estaban no solo sucios sino también destrozados. En el espejo del baño encontré una cara distinta y, bajo la ducha, descubrí varios moretones y pegotes de sangre entre brazos y piernas.

-Tómate el café, -me dijo la abuela mientras trataba de recordar con mucho esfuerzo lo que había hecho esa tarde: -¿qué pasó después? No terminaste de contar, hijo.

-Ya sin complejos, tres días antes de la reunión para decidir quién sería el afortunado, yo tenía ya un ganador indiscutible. Kepa, un viejo amigo de la universidad que no veía hacía mucho tiempo, se había enterado de mi participación como jurado del Concurso Nacional de Cuento y me había pedido -prácticamente de rodillas- que leyera su relato y evaluara si valía la pena que lo incluyera de manera extemporánea y clandestina en el concurso. Su relato era confuso: contaba la historia de un escritor llamado Ryan y

que terminaba por hacer parte del cuerpo de jurados de un concurso local con el único fin de aprender -desde el interior- el funcionamiento logístico -y judicial- de este otro mundo literario. La historia no terminaba allí: el relato se expandía a través de la crónica de las dificultades insidiosas y abrumadoras de ser jurado de concursos, donde dicho jurado se decantaba –tras no pensar mucho- por un cuento escrito por el señor Luciano Marín Arango alias Iván Márquez. Como en la vida real, este Iván Márquez de ficción también era un desertor de los acuerdos de paz y su cabeza era una obligación estatal para mantener una paz estable y duradera. En consecuencia, en la narración de este guerrillero de ficción, Márquez contaba la historia de un jurado principiante de concursos literarios llamado Kilpatrick que decide participar de manera oculta en el propio concurso que él juzga, usando el nombre del señor Luciano Marín alias Iván Márquez para encubrir su participación y convencer al jurado de lo impactante y escandalosa que sería la noticia de anunciar como ganador al hombre que ha regresado a la lucha armada, a pesar de contar con el perdón del estado por sus 73 órdenes de captura y su circular roja de Interpol. El saber si Iván Márquez enviaría a algún encargado o si otorgaría coordenadas para que le enviaran su premio o, quizá, si asistiría de manera personal en medio de una declarada guerra por su incumplimiento, no podría más que generar emoción y, sobre todo, morbo en la opinión pública, indicaba Kilpatrick a su comitiva de jurados de ficción.

-¿Me creerás si te digo no entiendo nada, hijo?

-Sí: una historia sumamente extraña pero intrigante, mi vieja. Un entramado de saltos y referencias que no se sabe si son para atrás o para adelante, si son de verdad o de mentiras pero la cuestión no termina ahí porque, te juro, abuela, que mi amigo decidió firmar con el nombre de Luciano Marín Arango alias Iván Márquez. De esta manera, yo recibo el cuento de Kepa; Kepa escribe un cuento sobre un perdedor de concursos llamado Ryan

que acepta ser jurado. Después, Ryan,, hombre de ficción, recibe un cuento firmado con el nombre Iván Márquez que habla sobre un jurado de concursos llamado Kilpatrick que encubre su participación en el concurso que el mismo juzga con el alias del guerrillero Iván Márquez. Como resultado, mi amigo Kepa -para poner la mejor de las cerezas en el postre- decide usar el nombre del guerrillero para firmar su cuento y abre una puerta única no solo para ganar sino para hacerlo con la posibilidad de romper las barreras mismas de lo escrito en papel, porque estaba a nuestro alcance –al alcance de nosotros los jurados de verdad- la posibilidad de darle final -¡en la realidad!- a este cuento: sí, vieja, ¡todo un delirio!, pero gracias a la audacia de Kepa, los jurados del concurso nacional de cuento podíamos mostrar en vivo y en directo si todo era un chascarrillo o una verdad absoluta porque, en las dos realidades del relato -la de Ryan y la de Kilpatrick-, las historias quedan inconclusas dado que, luego de un fallo a favor de los cuentos del aparente guerrillero, ambas terminan en la víspera de la premiación, mientras el estado colombiano anuncia -por alocución presidencial y todo- su presencia con soldados y francotiradores a las afueras del recinto, y cientos de organizaciones ONG declaran su apoyo al guerrillero en un compromiso de formar un escudo humano para permitir la recepción del premio alegando que, en respeto al arte y la cultura, el gobierno colombiano debe otorgarle a Márquez un día de armisticio. Ladino y sagaz el maldito, Kepa lo había planeado todo, absolutamente todo. Por eso, según los archivistas del concurso, la fotocopia de la cédula entregada por el dueño del cuento (el supuesto Iván Márquez: el que se supone que sí es de verdad pero no), sí coincidía con la cedula entregada por el gobierno al excombatiente y ahora -nuevamente- guerrillero Luciano Marín Arango alias Iván Márquez. Claro, abuela, era obvio que mis compañeros de juicio podían alegar que todo esto no era más que una broma teniendo en cuenta una posible filtración o edición

de los datos de Iván Márquez dada su condición de “persona pública” en su reinserción a la sociedad en el año 2016.

-Pues...

-Por eso, -continué: -el día del fallo del concurso, y como era de suponerse, las cosas se acaloraron y complicaron mucho: “no pienso reevaluar mi decisión. Es inapelable”, dije: “este relato representa una oportunidad nunca antes vista no solo en los concursos literarios sino en la literatura misma. Ya les expliqué con claridad: en nuestras manos está la posibilidad de dar final, en la misma realidad, a un cuento”.

“Esto no es más que un engaño bobos”, me encaró Piedad Bonnett. “Y ni hablar de su estilo que es parco, descuidado, confuso... Ni siquiera entiendo de qué va ese cuento.”

“Ni hablar de su tono: se me hace... extraño... loco, parece escrito por un loco. Sí”, añadió Evelio.

“No pienso cambiar mi veredicto”, repetí. “Ustedes no imaginan todo lo que podríamos hacer por este certamen y hasta por la gente misma si anunciamos que un guerrillero es el ganador del concurso de cuentos más importante del país y si exigimos que alguien cercano –siquiera- tenga que venir a recoger el premio. Solo piénsenlo, carajo, el país entero se paralizaría. Ya quiero ver a la opinión pública debatiendo acerca de la autenticidad de todo esto. Peleando por ver cuál es el mejor acto político: si aparecer ante todos para desafiar al estado o, por amor a la cultura y el arte del pueblo, darle armisticio por unas horas para reclamar su premio. Y ni hablar del posible desespero de mismísimo presidente: un montón de soldados al acecho, un montón de hombres de fierros y fuego amenazando hasta al organizador del concurso por la obligación de mantener la paz y la democracia a cualquier precio. Ya lo veo: este es el primer cuento que no solo recibe sino también entrega”

“Les dije que no existía mejor jurado que un eterno perdedor de concursos,

-se río Abello: -admitánlo: ya nos convenció a todos.”

“Y lo hizo sin gritar. Es eso lo que debe merecer realmente el premio”, apuntó Evelio.

“Júrame que no tienes nada que ver en esto. Júrame que no utilizas el nombre de Iván Márquez para ganarte tú el concurso”, suplicaba Piedad.

“No puedo”, señalé. “Se supone que ese es el misterio mismo del cuento”.

“Valiente ridículo. Habla de una vez: cuánto quieres, ¿ah?, ¿qué es lo que quieres? Juro que yo te ayudo.”

“No, Piedad. Se supone que ahí está el mérito de todo esto. Solo hasta el día de la premiación sabremos cómo son las cosas, en realidad.”

“Ya lo imaginó”, entre risas y gritos dijo Piedad: “el ganador de la edición número treinta del Concurso Nacional de Cuento es uno de los jurados. Saluden todos al mentiroso del año. ¡Que venga el portento por su reconocimiento!

“El muchacho cuenta con mi voto, señores. Esta sí es una verdadera historia.”

“Tú no votas, Juan Felipe”, le salió de frente Piedad. “Tú renunciaste por cobarde y es tu culpa este maldito absurdo.”

“Moralmente sí tengo voto. Porque veo talento en su decisión es que tiene validez lo que hace. Esto es mejor de lo que cualquiera de nosotros ha escrito, por ejemplo.”

“Yo le di mi voto”, sentenció Evelio Rosero. “Lo hago en nombre del morbo, por supuesto.”

“Digan la verdad. Confiesen que esto lo inventó Abello y entonces iré adelante. Honestamente, ¿qué otra opción tengo?”

“No, Piedad.”

“Al final, todo el mundo sabe que los concursos literarios están comprados, ¿no es cierto?”

“Este no, mujer, en este Evelio y tú serán quienes escojan el segundo y el tercer puesto.”

-Le enviamos a todos los participantes del concurso, salvo al primer, segundo y tercer puesto, una frase de tranquilidad y aliento: No se inquiete, compañero escritor, se ha equivocado el jurado nuevamente. El sábado 10 de agosto, Piedad Bonnett anunció -en un directo vía internet- el fallo del concurso: “es una injusticia y un despropósito ser responsable del resultado de un concurso literario cuando lo que uno escribe no le gusta ni a uno mismo. Sin embargo, alguien debe encargarse de los peores trabajos y siempre tendremos a Dios como prueba de ello. En consecuencia y en sentido pesar con aquellos que eran buenos relatos pero nadie se percató de eso, el ganador de la Treintava edición del Concurso Nacional de Cuento es el señor Luciano Marín Arango alias Iván Márquez. La premiación se llevará a cabo en el salón de presentaciones de este establecimiento y será precedida por su director el señor Juan Carlos Abello, el día primero de septiembre del año en curso. Agradecemos a todos los participantes del concurso y esperamos, con los brazos abiertos, a todas las personas -amigas y enemigas- que quieran acompañarnos en la recepción del premio. Igualmente, y en última instancia, es importante mencionar que el fallo del concurso es inapelable y que su correspondiente entrega y recibimiento debe hacerse en calidad presencial, por lo cual, de incumplir en ese único punto, el premio será declarado desierto y la bolsa de 50 millones de pesos quemada ante los ojos de los que estén presentes ese día: ricos o pobres. Muchas gracias.

-Qué locura todo eso -respondió la abuela con un asombro que me resultó algo artificial: hasta repetido.

-Sí y el primero que se opuso fue el representante de la compañía editorial. Sin embargo y por consejo de los billetes depositados en menos de dos días en su cuenta, luego decidió apoyarnos con todo su bufete de abogados

ante las amenazas que vinieron desde la Presidencia de la República y de los grupos anónimos que nos instigaban -con ampulosas cartas- a entregar el premio a su dueño en honor a una nueva victoria para la revolución del pueblo. “Lo mejor de ser jurado”, me dijo Abello, “es llamar y avisar al ganador que su obra ha sido escogida. La alegría y la ilusión con que reciben la llamada nos hace sentir a todos muy felices. Todo es como una gran fiesta telefónica. Por esos minutos de júbilo es que valen la pena las semanas interminables y asesinas de lectura. Así que llama tú al guerrillero y avísanos si contesta, ¿quieres?”

-Conciente de la ironía, desde un café internet y durante varios días traté ubicar a Kepa pero el tipo nunca me contestó una sola llamada. Después, alegando un reencuentro, conseguí con un excompañero de la dirección de su domicilio, pero allí tampoco hallé respuesta, salvo por una anciana decrepita que me dijo que llevaba meses sin saber nada de su nieto. Kepa parecía muerto al igual que la posibilidad de conseguir algo interesante de todo esto.

-¿Y qué vino luego, hijo?

-En el andar de las semanas, los ánimos empezaron a subir de tono. En la cuenta oficial de twitter de las nuevas FARC, un trino insípido anunciaba la infaltable presencia del comandante Iván Márquez para recibir su premio. “Tengo mucho miedo”, me dijo Abello: “estoy seguro que el día de la recepción no van a alcanzar ni las sillas ni el papel higiénico.” En un programa radial estuvimos hablando del tema: “¿De quién fue la brillante idea?”, señaló la periodista y comentó: “pensaba, ingenuamente por lo visto, que la literatura y el regetón no se perecían en nada. Ahora me doy cuenta que por levantar humo todos recurren a lo mismo.”

“Se equivoca, señorita Vicky”, sonrió Piedad, “todo aquel que tiene que ver con la literatura no es más que un bicho rastrero: una lacra: un enfermo. Por eso que las personas como usted prefieren vivir lejos de los libros, imagino.”

“Déjese de bromas, Bonnett. Dígale a la gente quién está detrás de su juego.”

“Por desgracia, el tipo es un malévolo guerrillero, figúrese. Maldita la hora en la que secuestró nuestro corazón con su cuento.”

“¿Qué dice el gobierno; alguno de ustedes ya juró lealtad al estado?”

“Yo no puedo pisar la Casa de Nariño porque me cagué en el buen nombre del libertador”, dijo Evelio. “Piedad no habla con nadie y a mi amigo de aquí en junto no lo conoce ni su madre.”

“¿Han recibido amenazas?”

“Sí, lastimosamente. Colectivos que se hacen llamar “republicanos” han jurado la pena de muerte a Abello si no se compromete con la paz del pueblo. A Piedad, ciertos grupos de extrema derecha le han hecho saber que hundirán su carrera si no colabora con la causa.”

“¿Y a usted eso la asusta, señora escritora?”

“No entiendo muy bien sus intenciones, ¿sabe? Favor que me hacen si me obligan a buscar otro trabajo: un trabajo de verdad.”

“¿Y a usted qué le han dicho, joven?”

“Que me van a sacar del apartamento si no pago el arriendo, señorita Vicky.”

-Con el paso de los días, abuela, la tensión se había hecho sofocante y la gente pasó de las amenazas por Twitter a los encontronazos en la calle. A todos los habían arrinconado en restaurantes y cafetines. A Evelio lo habían golpeado con un palo de kendo, a Abello lo escupieron en la cara, a Piedad le pintorretaron la casa y a mí me habían demorado cinco minutos más la ruta del Transmilenio.

-Por Dios, -dijo mi abuela mientras se miraba las uñas.

-Diez días antes de la premiación del concurso, me escapé en una flota hasta la laguna de Guatavita. Allí me alojé en una cabaña e, inútilmente, continué

tratando de comunicarme con Kepa. Aislado del mundo, me emborrachaba todos los días y con el ocaso me escapaba con alguna prostituta a la que despachaba con las primeras luces en pleno frío. Angustiados por mi repentina desaparición, Abello y Robledo me llamaban al celular pero yo tampoco contestaba. Alejado de la ruidosa capital, imaginaba que no habría celebración de ningún premio y que pronto –desnudo y con una botella de vino en la mano- la policía vendría a agarrarme por complicidad en rebelión y terrorismo. Sin embargo, la pobreza y el cinismo me hicieron regresar a Bogotá justo la mañana del día de la entrega del premio. Para mi extraña sorpresa, el apartamento estaba en completo orden y, sin entender cómo, tú estabas ahí, vieja, y preparabas el almuerzo. Al medio día traté de comer en silencio, pero tu parecías empeñada en hacerme confesar no sé qué cosas: “te han estado llamando todos los días”, dijiste: “el señor Robledo está loco con eso del concurso” Y remataste con esta: “Hijo, por favor, ¿en dónde estabas metido?”

“Por ahí”, te respondí.

“¿Tanto tiempo?.”

“Tanto alboroto por un par de días. También tengo derecho. No dinero pero sí derecho, abuela.”

“¿Días? Han pasado al menos cuatro semanas, Ryan.”

“¿Y qué más quería Robledo, vieja?”

“Asegura que necesita hablar contigo por eso del premio. Se negó a darme más información. Me dijo que tú ya sabías.”

“No iré. Mi cara no hace falta.”

“También me dijo que sabía que necesitabas el dinero. Que no iba a permitir que lo quemaran mientras tú te morías de hambre, hijo.”

“Deja de llamarme así, yo no soy tu hijo.”

“¡Y yo no soy tu abuela!”

Ante su intransigencia, después nos quedamos en silencio. Más tarde intenté dormir un poco pero el ruido del teléfono no me dejó descansar: “es el señor Robledo, hijo.”

“¿Qué putas te pasa, Ryan? ¿En dónde carajos te habías metido?”

“¿Qué quieres, Robledo? ¿Acaso ya nos vamos a ir todos presos?”

“Estoy esperando tu maldita respuesta. Tú te comprometiste conmigo a traer al mismísimo Iván Márquez si conseguía que tu cuento ganara el maldito concurso ¿Ahora qué? La premiación es en unas horas, chico.

“¿No viste el trino? El mamerto ese asistiría en persona. Asegúrense ustedes de que no lo maten antes de que reciba el cheque. Abello me prometió que al salón solo podrán ingresar invitados, pero nunca se sabe.”

Colgué y desconecté ese aparato.

A las siete de la noche, la abuela y yo nos sentamos en el sofá a ver la primera entrega de un premio literario colombiano transmitida por televisión. En rotundo silencio veíamos llegar de gala a todos los asistentes y, aunque para mí era una verdadera falta de respeto que el presidente no estuviera entre los invitados, a mi abuela le parecía más grosero que yo no hubiese ido a la entrega:

“Imagino que a pesar de tu desprecio te enviarán algo.”, señalaste tú en un tono muy serio.

“A los jurados no nos pagan”, te hice saber: “si el guerrillo ese no aparece, quemarán en vivo y en directo los 50 millones de pesos. Además, voy a contarte algo, vieja, el dichoso desertor no va a aparecer porque un amigo mío inventó aquello del prófugo escritor. Yo, simplemente, lo ayudé a ganarse el premio esperando que saliera con algo interesante pero, ya ves, el maldito no le cumple ni al reconocimiento.”

“Cómo se llama tu amigo.”

“Kepa.”

“¿Ese es su nombre?”

“No. Es su apodo.”

Entonces te levantaste del sofá y te alisaste la falda mientras te perdías hasta la ventana para mirar el transito enloquecido de los autos de la calle.

“Ahora no le vayas a contar a nadie lo que te acabo de decir”, te grité con vehemencia y tú, con reflejos como de secarte unas lágrimas que no alcanzaba a ver por los fogonazos de la televisión, volviste a sentarte en el sofá y me dijiste en voz baja: “qué malvados son esos amigos que tú te mandas, hijo. Te tienen la cabeza vuelta mierda”.

En la televisión Piedad Bonnet, Evelio Rosero y Juan Felipe Robledo (seguro en remplazo mío) se disponían a realizar la entrega ante un salón repleto. Tú y yo volvimos a quedarnos a callados. Me serví una copa de Oporto y al tiempo que Abello se les unía para acomodar el micrófono y sonreír a la concurrencia, fuiste tú, abuela, tú -y solo tú- quien lo vio primero: “mira, hijo. Apreció el ganador del concurso”, y solo en ese momento pude verlo. Después, cuando ya se había retirado Márquez con su premio acompañado por un séquito de personas que lo cuidaban de los francotiradores del ejército, fuiste a contestar el teléfono, vieja. Aguzando el oído presté a atención a tus palabras: “Agradezco mucho que no hayan quemado el dinero. Lo necesitamos tanto.... Muchas gracias, señor Robledo, usted sí entiende. Usted sí que entiende que Ryan ya no vive en nuestro tiempo.”

“¿Quién es, abuela?”, te grité de inmediato.

“Tu amigo Kepa que quiere saludarte, hijo”, me respondiste muy sonriente.

“¡Qué bueno!”, te dije: “desde que se hizo portero número 1 del Chelsea no volví a saber nada de él.”

Revista Oopart.



2021

www.revistaoopart.com